

- mientras que á sus piés se estrellan  
las furias del oleaje.  
¿Fué mi idea una ilusión?  
¡Peor que eso: una locura!  
GONZ. Tu labio me lo asegura:  
PABLO. puede que tengas razón.  
Tal vez sea una engañosa  
quimera la que me alienta.  
Cuando ante mí se presenta  
esa multitud dichosa  
de gentes, á quiénes veo  
hacer en toda ocasión  
de su propio corazón  
balancín de su deseo,  
y dejar abandonados  
por criminales harturas  
las ilusiones más puras  
los preceptos más sagrados,  
en tal confusión me abismo...  
que no acierto á conservar  
mi fé, y temo... ¡y por dudar,  
hasta dudo de mi mismo!  
GONZ. Porque comprendes tu engaño.  
Ahi tienes la consecuencia  
de contemplar la existencia  
con pupilas de ermitaño.  
PABLO. ¿De suerte que hay que admitirla?  
GONZ. Como se admite el destino;  
sin cruzarse en su camino,  
sin pretender combatirla,  
Y el hecho, tiene disculpa.  
De ese modo la encontramos:  
si tal como es la aceptamos,  
¿quién nos puede echar la culpa?  
PABLO. Pues de ella me alejaré.  
GONZ. ¿Qué lograrás si te alejas?  
PABLO. ¿De modo que me aconsejas  
que me quede?  
GONZ. ¡Ya se ve!  
PABLO. ¿Que dé por siempre al olvido  
lo más grande, lo más santo?  
¡Vale tu *esperiencia* tanto,

- que casi me has convencido!  
Te agradezco la lección  
y la quiero aprovechar.  
¿En el mundo hay que pagar  
la traición con la traición?...  
¡Pues hágalo yo también!  
¡Se lucha mientras se puede!  
¿Faltan las fuerzas?... ¡Se cede,  
y se va al fondo! Está bien.  
GONZ. No sé si está bien ó mal,  
pero sé que ocurre así,  
que siempre lo mismo oí  
en el mundo.  
PABLO. (Con sarcasmo.) Es natural.  
GONZ. ¿No lo crees?... Pues espera  
algún tiempo, y podrás ver  
á los demás proceder  
por idéntica manera  
de la que escuchando estás.  
PABLO. ¿Pero tú quieres que aguarde?  
GONZ. Vente conmigo esta tarde  
á las carreras; verás  
que mi labio no te miente;  
que el mundo conoces poco,  
y que resultas un loco  
en medio de aquella gente.  
PABLO. ¿Ir contigo? (Dudando.)  
GONZ. ¿Vendrás?  
PABLO. ¡Sí! (Con decisión.)  
En tu petición consiento.  
GONZ. Pues aguardame un momento  
que yo pronto vuelvo aquí.  
Contigo puedo excusarme.  
PABLO. Saldré también. (Hace ademán de salir.)  
GONZ. ¿Dónde vas?...  
Puesto que en tu casa estás,  
debes en ella esperarme.  
Perdóname si te dejo.  
(Se despide de Pablo y se dirige hacia el fondo.)  
PABLO. (Con tono de amenaza y como respondiendo á las  
últimas palabras de Gonzalo.)  
¡Tú lo quieres!



GONZ. (Volviendo la cabeza al oír á Pablo.)  
¿Qué decías?  
PABLO. ¿Yo?... ¡nada! (Ap. y sin ser oído de Gonzalo.)  
Que merecías  
que siguiese tu consejo.  
(Sale Gonzalo por el fondo.)

### ESCENA VII.

PABLO, al final DOLORES.  
PABLO. ¡Oh! ¡sí! ¿Por qué no romper  
de una vez con la conciencia  
y arrojarla á la existencia  
sin las trabas del deber?  
Las dichas para el malvado,  
para el bueno la amargura...  
¡qué estúpida es mi locura!  
¡aun pretendo ser honrado! (Pausa.)  
¿Por qué he de serlo?... ¿Por él?  
¡Ah! ¡por él, no! Quien olvida  
su fidelidad, no pida  
que nadie le sea fiel.  
¿Por ella?... ¿Y quien me asegura  
que ella es honrada y leal?  
Bien puede ser criminal  
la que supo ser perjura!  
(Pausa.) Y ella me ama. Ayer sufría  
al contemplar mi dolor.  
En sus ojos .. sí; ¡era amor  
lo que en sus ojos habíal...  
¡Oh, no! ¡Imposible! ¡Deliro!  
¿Y por qué darla disculpa,  
si va disuelta la culpa  
en el aire que respiro?...  
¿Huir?... ¡No! ¡Que ella decida;  
que me ayude su despecho:  
quiero amarla; es mi derecho!  
Nadie hay que lograr me impida  
su amor donde confundí  
las glorias de mi existencia...  
Y entonces... ¿qué diferencia  
habrá de Gonzalo á mí? (Pausa.)

¡Lucha horrible! ¡Eterno embate  
entre el crimen y el deber!  
¡Ninguno acierta á vencer:  
ninguno huye del combate!  
Me inclino al bien, y llegar  
á él la pasión no me deja;  
y cuando mi honradez ceja,  
cuando próximo á triunfar  
trato de satisfacer  
la sed que en mis venas arde,  
esta conciencia cobarde  
me grita:—«¡No puede ser!»—  
¿Por qué en la duda se estrella  
mi poder? ¿Por qué lo impide  
todo?... ¡Corazón, decide  
de una vez!

(Queda en un ángulo de la sala, con la cabeza  
entre las manos. En este momento aparece en la  
puerta del fondo Dolores, la cual, sin reparar en  
Pablo, avanza hacia el proscenio.)

DOL.

¡Infames!

(Al oír la voz de Dolores Pablo levanta la cabeza.)  
(¡Ella!)

PABLO.

### ESCENA VIII.

DOLORES y PABLO.

DOL. (¡Es preciso! ¡Por su bien!  
¡por el honor de su nombre!  
Necesito ver á ese hombre.  
¡Dios mío!)  
(Se deja caer en el diván y oculta el rostro con el  
pañuelo. Pablo, después de vacilar unos instantes,  
avanza hacia Dolores.)  
PABLO. ¡Dolores!  
DOL. (Al oír la voz de Pablo levanta la cabeza sor-  
prendida.)  
¿Quién?  
(¡Él!) ¡Pablo! (Confusa.)  
PABLO. ¡Feliz, señora,  
el dolor que vierte llanto!



- Yo he sufrido tanto, tanto...  
¡que tengo envidia al que llora!
- DOL. (Como si tratara de detener el pensamiento de Pablo.)  
¡Oh! ¡Calle usted!
- PABLO. ¿Y por qué?  
Vivió oculta mi agonía  
mucho tiempo; hoy no podría  
sujetarla, y hablaré.
- DOL. Pues yo le sabré impedir! (Con severidad.)
- PABLO. ¿Por qué?
- DOL. (Con severidad.) Porque no le asiste  
razón, ni derecho existe  
para poderlo exigir.
- PABLO. ¡Derechos!... Tantos pudiera  
alegar, quien como yo,  
por usted sacrificó  
su ventura, su alma entera,  
que no juzgué hallar pagada  
la cuenta de mi tormento  
con el rigor de ese acento,  
y el desdén de esa miradal
- DOL. ¿Desdeñarle?... ¡No: no crea  
que tal mi intención ha sido!  
¡Quien por mí tanto ha sufrido,  
es imposible que vea  
en mis labios el desdén!  
(Con acento de interés y de ternura.)  
Por su dicha me intereso.
- PABLO. ¡Cómo!  
(Con alegría y pasión dirigiéndose hacia Dolores.)  
¡Dolores!...
- DOL. (Con altivez.) ¡No es eso!  
¡No me ha entendido usted bien!  
(Con dignidad.)  
Ha llegado usted á olvidar  
lo que yo soy.
- PABLO. (Con amargura.) ¡El olvido!  
Por no olvidarla he sufrido  
largas horas de pesar,  
y de angustia y de dolor,  
y ahora sé que sueño, que era

- la lealtad una quimera  
y una mentira el honor;  
que usted no me amó jamás;  
¡que fué ingrata é inconstante!...  
¡Eso sé y eso es bastante!  
¿Qué me importa lo demás?
- DOL. (Con acento de amargura y reproche.)  
¡Qué yo no supe ser fiell  
¿que yo á la traición me ajusto?..
- PABLO. ¡Dolores!... (Con amor.)
- DOL. ¡Es usted injusto,  
y á más de injusto, cruel!  
Acepté lo que exigía  
el mandato paternal.  
¿Al hacerlo así, hice mal?  
(Ademán afirmativo de Pablo.)  
Pues disculpe mi falsía  
el que, arrojándome al seno  
de un desconocido abismo,  
inmolaba mi egoismo  
ante el egoismo ageno.
- PABLO. También yo en mi corazón  
mi desventura he guardado;  
pero al verla á usted, he mirado  
aumentarse mi pasión,  
y ya no puedo ocultar  
lo que he llegado á sufrir!  
¿Quién me lo puede exigir?...  
ni quién me puede culpar,  
si mi amor y mis agravios,  
y mi angustia y mi despecho,  
no cabiéndome en el pecho  
se desbordan por mis labios?
- DOL. Sí, ¡lo digno es alcanzar  
aquello que se desea!  
¿Qué importa que usted me vea  
devorando mi pesar?  
¿qué valen mis desventuras,  
ni la angustia que denotan  
estas lágrimas que brotan  
del mar de mis amarguras?
- PABLO. ¡Sufrir!



- DOL. El dolor profundo  
del que á ver perdida alcanza,  
la postrimera esperanza  
que le restaba en el mundo!
- PABLO. ¡Usted sabe!... (Con angustia.)
- DOL. ¡Todo, sí  
(Ademán de interrupción en Pablo.)  
¡Y usted también: ya lo sé!  
Por eso nunca pensé  
que usted me ofendiera así.
- PABLO. ¡Qué dice! (Con vergüenza.)
- DOL. (Con amargura.)  
¡Y yo en él creía!  
¡Y yo noble le juzgaba!  
¡Y yo por su bien rogaba!  
¡Y yo por usted sufría!
- PABLO. ¡Dolores!... (En tono de súplica.)
- DOL. ¡Derramé llanto  
por sus desdichas!
- PABLO. (Con angustia.) ¡Por mí!
- DOL. ¡Mal hice en portarme así!  
¡No merecía usted tanto!
- PABLO. ¡Ah! ¡Basta, por compasión!  
¿Cómo he podido llegar  
en mi delirio á ultrajar  
su desventura?... ¡Perdón!  
¿Cómo á los lazos traidores  
de una infamia me rendí?  
¿Cómo tan bajo caí?  
¡Perdóneme usted, Dolores!  
¡Dé á mis torpezas disculpa  
mi espantoso sufrimiento!  
¡Por la vez primera siento  
aquí el asco de la culpa;  
y no hay tan dura sentencia  
como el dolor infinito  
que causa el primer delito  
al pasar por la conciencia!
- DOL. ¡Basta, Pablo: se lo ruego!
- PABLO. ¡Piedad, si llegué á juzgarla  
torpemente, y á insultarla  
con mi audacia! ¡Estaba ciego!

- DOL. Si hubo ofensa, la olvidé.  
¡Déjeme usted ahora luchar  
á solas con mi pesar!
- PABLO. Yo con usted lucharé.
- DOL. ¡Nuncal
- PABLO. ¡Mi interés es puro!  
¡No morirá esta pasión;  
mas será mi corazón  
su sepulcro: se lo juro!  
De Gonzalo soy amigo;  
en otro tiempo escuchó  
mis consejos: ¿por qué no  
he de mirar si consigo  
que devuelva á usted la calma,  
y que arranque mi amistad  
un grito de dignidad  
á las fibras de su alma?
- DOL. ¡Es imposible!
- PABLO. ¡Esa acción  
puede borrar mi delito  
y mi afrenta! ¡Necesito  
que me dé usted su perdón!  
(Aparece Rosa en la puerta del fondo.)
- ROSA. ¿Señora?
- DOL. ¿Qué?
- PABLO. (¡He de obtenerle!)
- ROSA. Don Cándido aguarda fuera  
y sus órdenes espera.
- DOL. Á solas me importa verle. (Á Pablo.)
- PABLO. Saldré al instante.  
(Hace ademán de retirada.)
- DOL. (Á Rosa.) Hazle entrar.  
(Sale Rosa por el fondo.)  
Perdone usted...
- PABLO. Ya me alejo;  
pero en mi empresa no cejo.  
Debo á Gonzalo esperar  
ahí dentro.  
(Señalando la segunda puerta izquierda.)  
Antes le aguardé,  
porque su afrenta quería.
- DOL. Pablo...



PABLO. Por su mal lo hacía;  
por su bien le esperaré.  
(Sale por la segunda puerta del lateral izquierda  
y aparece D. Cándido por la del fondo.)

### ESCENA IX.

DOLORES y CÁNDIDO, al final GONZALO

CAND. Señora...  
DOL. Extraño parece  
que yo hablar con usted quiera,  
¿no es verdad?  
CAND. ¿Por qué motivo?  
DOL. Porque ninguno se encuentra  
para que medien palabras  
entre la que fué su dueña,  
y usted, que olvidando todo  
cuanto olvidar no debiera,  
proteje á mis enemigos  
y á sus designios se presta.  
CAND. No comprendo... Han engañado  
á usted, señora marquesa.  
DOL. ¿Engañarme? (Con amargura.)  
CAND. Sí.  
DOL. ¿No es cierto  
que usted á Gonzalo aconseja,  
siguiendo las decisiones  
de alguien que mi mal desea,  
y que?... Pero no es mi intento  
pedirle razón y cuenta  
de sus infamias!  
CAND. (Con tono de sorpresa.) ¿Infamias?...  
Nunca llegué á cometerlas,  
ni dí consejo ninguno,  
ni sé lo que el marqués pueda  
hacer, ni tengo costumbre  
de inquirir vidas ajenas.  
Necesitó Don Gonzalo  
dinero, y viendo que no era  
su fortuna suficiente  
para garantir la deuda,  
y que el préstamo debía

obtenerse con urgencia,  
le dije que con los bienes  
de usted, al pago respondiera.  
DOL. ¿Y esa acción, cómo se llama?  
CAND. Pues, señora, en nuestra lengua  
eso se llama un negocio,  
un préstamo de hipoteca,  
que asegura un capital  
y que un interés devenga.  
DOL. ¡Basta! Ni yo he de explicarme,  
ni es fácil que usted me entienda.  
De otra cosa hemos de hablar!  
CAND. De aquello que usted prefiera;  
yo siempre estoy á sus órdenes:  
pero conste mi protesta.  
DOL. He firmado una escritura  
que en poder de usted se encuentra...  
CAND. Y á la que usted dió su nombre.  
DOL. Ahora quiero recogerla.  
CAND. No es difícil; pero debo  
hacer á usted una advertencia:  
La escritura garantiza  
el capital de una deuda  
que ha contraído don Gonzalo..  
DOL. Saldré responsable de ella  
por su honor.  
CAND. Y por la ley,  
que así lo manda y lo expresa.  
Y esto sabido, usted haga  
aquello que le convenga.  
El asunto no me incumbe.  
DOL. Está bien. Pero antes sepa,  
que conozco sus maldades,  
y que nunca de esa puerta  
ha de pasar quien se olvida  
de su gratitud, y atenta  
al bien de sus protectores,  
y á la paz de esta vivienda.  
CAND. (¡Qué lástima de negocio!)  
(Se dirige hacia la puerta del fondo: al llegar á  
ella se detiene.)  
El marqués.



(Aparece Gonzalo en la puerta del fondo y queda como sorprendido de ver juntos á Don Cándido y á Doña Dolores.)

GONZ. (¿Usted con ella?) (Bajo á D. Cándido.)

DOL. (Á D. Cándido.) ¡Salga usted pronto!

GONZ. ¿Qué dices?

CAND. Voy. (¡En esto no me espera la más mínima ganancia, conque allá se las entiendan!)  
(Sale por el fondo.)

### ESCENA X.

DOLORES, GONZALO, luego JUAN, al final PABLO  
por la segunda izquierda.

GONZ. Dolores...  
(Como si tratara de explicarse lo que acaba de oír.)

DOL. ¿De qué te extrañas?..

De mirarme sorprender  
un crimen, y deshacer  
la maldad conque me engañas.

GONZ. No comprendo...

DOL. Á un plan traidor,

mis auxilios he negado,  
y al hacerlo, he rescatado,  
no mi fortuna, tu honor.

GONZ. (La habrán dicho...) ¿En qué ofendí  
mi honor ni cómo á esa ofensa  
puedes tú darle defensa?  
¿Sabes lo que dices?

DOL. Sí.

GONZ. Sin motivo no es posible  
que me puedas inculpar.  
¿En qué viniste á fundar  
tus frases?

DOL. ¡En una horrible  
verdad! En verme ofendida  
por tí, y por una mujer  
miserable.

GONZ. ¿Qué?

DOL. ¡En saber

GONZ. que es Mercedes tu querida!  
(¡Qué escucho!...) ¡Soñando estás!  
¿Cómo puedes suponerlo?  
¿Cómo llegaste á creerlo?  
¡Eso no es cierto!

DOL. ¡Sé más!

Sé que esa mujer sin honra  
que su amistad me fingía,  
me aborrece, y sólo ansia  
mi desdicha y tu deshonra!

GONZ. No prosigas.

DOL. ¡Nada ignoro!

Para poderme vencer  
necesita hasta el postrer  
aliento de tu decoro.

GONZ. ¡Á esto su odio la llevó,  
pero yo lo he de impedir!  
(¡Cielos!) ¿Quién pudo fingir  
tamaña calumnia?... ¡No!  
es necesario que veas  
que te engañan: ¡que delira  
quien tal piense! ¡Eso es mentira!  
¡es mentira! ¡no lo creas!

DOL. ¡Que no lo creas!

GONZ. Probarte  
que me han calumniado espero.

DOL. ¡Ni lo pido, ni lo quiero!  
¡Sólo trato de salvarte,  
no de recobrar tu amor!  
¡Que habiéndolo ella gozado  
está por ella manchado  
y sólo me inspira horror!

GONZ. ¡Repito que no es verdad!  
¡Esas son murmuraciones;  
insensatas opiniones

DOL. de gentes, cuya ruindad,  
inecuamente me inculpa!  
¡No finjas! ¡En valde fuera  
hacerlo!

GONZ. Óyeme.

DOL. ¡Siquiera  
ten el valor de tu culpa!



- GONZ. ¡Basta, Dolores! Soy yo quien habla y debes creerme!
- DOL. No pretendas convencerme porque no lo alcanzas.
- GONZ. ¿No? (Con dureza.)
- DOL. ¡Eres inflexible y terca, y haces mal!
- GONZ. (Con altivez.) ¿Por qué te acuso y tus infamias recuso?
- DOL. ¡Silencio!
- GONZ. (Señalando hacia la puerta del fondo.) Alguno se acerca.
- JUAN. (Aparece Juan en la puerta del fondo.) La señorita Mercedes está abajo.
- DOL. (Con ira.) ¿Ella?
- GONZ. (Bajo y en actitud de súplica.) (Dolores...)
- JUAN. Vino con unos señores, y dice que espera á ustedes en su carruaje.
- GONZ. (¿Qué haré?)
- DOL. Sal. (Al Criado.) ¡Ella!... ¡Viene á buscarme! ¡Está ansiosa de ultrajarme en mi abandono!... ¡Yo iré á su encuentro; necesito vengarme de quien me ofende!
- GONZ. (Hace un ademán para dirigirse hacia el fondo.) ¿Qué es lo que tu ira pretende?
- DOL. Dar castigo á su delito: ¡arrojarla!
- GONZ. ¡No consiento que tal hagas! ¡No es posible!
- DOL. ¡Fuera el escándalo horrible!
- GONZ. ¡Más horrible es mi tormento!
- DOL. ¡Te digo que no lo harás!
- GONZ. ¿Por qué?
- DOL. ¡Porque yo me opongo y de tus actos dispongo!
- DOL. ¡Pues no me lo impedirás!
- (Aparece Pablo en la segunda puerta de la izquierda)

- da y escucha las últimas palabras de Dolores. Al oírlas se detiene.)
- PABLO. (¿Qué dice?)
- DOL. ¡De vengar trato mi injuria, y á todo llego!
- GONZ. ¡Mira que termina el ruego, y da comienzo el mandato!
- PABLO. (¡Qué es esto!)
- DOL. Hacerlo no puedes.
- GONZ. ¡Cómo!
- DOL. Te impide mandar la que yo quiero arrojar de mi presencia: Mercedes.
- GONZ. ¡Nunca!
- DOL. ¡Á todo estoy resuelta y nada conseguirás! (En actitud amenazadora.)
- PABLO. (¡Se atreve!...) (Con ira.)
- DOL. ¡Sí! (Quiere avanzar.)
- GONZ. ¡No saldrás!
- (Sujeta á Dolores bruscamente por el brazo.)
- DOL. ¡Infame!
- PABLO. (¡Imposible!
- (Se dirige al sitio que ocupan Gonzalo y Dolores, y los sopara con violencia. Á Gonzalo.)
- ¡Suelta!
- ¿Qué pretendías hacer?...
- ¡Aun después de haberlo visto, á creerlo me resisto!
- ¿Tú te atreves á ofender á una mujer sin ventura?
- GONZ. No te he pedido opinión de mis actos.
- PABLO. ¡Esa acción es torpeza y es locura, y estoy dispuesto á impedir la y no quiero tolerarla!
- GONZ. que si inicuo es intentarla, fuera indigno consentirla!
- DOL. ¡Pablo!
- GONZ. ¡Calla! (En tono de súplica.)
- PABLO. (Á Gonzalo.) ¡No reclames silencio; sé lo que digo! (Con ira.)



¡La ofendiste!... (Conteniéndose.)  
 ¡Soy... tu amigo,  
 y me opongo á que te infames!  
 GONZ. Sabes que llegó á exigir...  
 PABLO. ¡Sí; ver su honor satisfecho!  
 Arrojarla es su derecho:  
 no lo puedes impedir!  
 GONZ. ¡El escándalo!  
 DOL. ¡Ha buscado  
 mi afrenta y no he de sufrirla!  
 PABLO. Tú no puedes prohibirla  
 el que arroje de su lado  
 á la que no cabe aquí,  
 porque deshonrada está.  
 GONZ. ¡Basta, Pablo! Basta ya...  
 ó no respondo de mí!  
 PABLO. ¡Callar!  
 GONZ. ¡Te expones á todo!  
 PABLO. ¿Qué diferencia hay entre ella  
 y la que su torpe huella  
 va arrastrando por el lodo?  
 Que una de otra lejos se halle  
 poco importa: iguales son  
 la meretriz del salon  
 y la mujer de la calle.  
 DOL. ¡Basta! (Con angustia.)  
 GONZ. (Con furor.) ¡Vé que desespero!...  
 ¡que enloquezco!... ¡que es horrible  
 la locura!  
 PABLO. ¡Muy temible,  
 pero no para el loquero!  
 GONZ. ¡Mira que engañarte puedes!  
 PABLO. Quiero dominar tu afan.  
 DOL. ¡La defiende!  
 MERC. (Dentro.) ¿Dónde están?  
 PABLO. ¡Ella!  
 GONZ. (Con temor.) ¿Qué escucho?  
 DOL. (Con ira.) ¡Mercedes!  
 GONZ. Yo evitaré su imprudencia.  
 DOL. ¡Por fin! (Dirigiéndose al fondo.)  
 GONZ. ¡Que no lo consiento!

DOL. ¿Llegará tu atrevimiento  
 á insultarme en su presencia?  
 (Aparece Mercedes en la puerta del fondo.)

## ESCENA XII.

DOLORES, MERCEDES, PABLO y GONZALO.

MERC. Tardan ustedes.  
 (Reparando en la actitud de todos.)  
 ¿Qué pasa?  
 DOL. ¡Que tu infamia descubrí!  
 ¡que tú no cabes aquí!  
 ¡que te arroje de mi casa!  
 MERC. ¿Qué dijiste? (Sorprendida.)  
 DOL. ¿No es bastante  
 lo que acabas de escuchar?  
 MERC. Tú me debes explicar...  
 DOL. ¡Que te lo explique tu amante!  
 (Señalando á Gonzalo. Gonzalo quiere avanzar,  
 Pablo le detiene.)  
 GONZ. ¡Oh!  
 PABLO. ¡Gonzalo! (Con severidad.)  
 DOL. Á tu impudencia  
 dar pruebas no necesito.  
 GONZ. ¡Déjame! (Á Pablo.)  
 PABLO. (Bajo.) ¡Calle el delito  
 donde juzga la inocencia!  
 MERC. (Á Dolores.)  
 ¿Lo sabes todo?... ¡Pues bien,  
 nada pretendo negarte!  
 ¡Tenía ganas de odiarte  
 ya cara á cara también!  
 DOL. (Con decisión y avanzando hácia Mercedes.)  
 ¡Sal pronto de aquí!  
 MERC. ¡Detente!  
 Saldré no abrigues temor.  
 ¡Y ahora, su amor ó mi amor! (Á Gonzalo.)  
 ¡Lucharemos frente á frente! (Á Dolores.)  
 (Sale por el fondo.)  
 GONZ. ¡Ver mi nombre escarnecido

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALEJANDRO NAYES"  
 APR 10 1920 MONTREY, MEXICO



ante el mundo! (Con desesperación.)

(Con ira.) ¡Y es por tí...!

¡Qué es lo que hiciste!

(Dirigiéndose hácia Dolores, en actitud de amenaza: esta se deja caer sobre el diván. Pablo se interpone entre Gonzalo y Dolores.)

DOL.

PABLO.

GONZ.

PABLO.

GONZ.

PABLO.

(Con angustia.) ¡Ay de mí!

(A Gonzalo con energía.)

¡No te acerques! ¡Yo lo impido!

¡Tú!

¡Lo exige mi deber!

¿Tu deber?

¡El más sagrado!

¡El que cumple un hombre honrado cuando ampara á una mujer!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO.

---

Sala de planta baja en un pabellón próximo al hotel de Gonzalo, y situado en el mismo jardín que aquél. Puerta al fondo y al lateral izquierdo: en el derecho, una gran ventana, por la cual penetrarán los rayos de la luna. El mueblaje elegante y rico. La escena estará alumbrada por una sola lámpara. Á la derecha, en primer término, un sofá.

### ESCENA PRIMERA.

GONZALO y LUIS.

- Luis. ¡Qué obstinación en negarte y en impedir que te vean los amigos! ¿Tienes miedo?
- Gonz. ¡Miedo no! Tengo vergüenza al recordar mi insensato proceder, y las ofensas que á una mujer sin ventura y á una amistad verdadera, he inferido sin derecho ni razón que las mantenga.
- Luis. ¡Y el escándalo es enorme! No hay en Madrid quien no sepa toda la verdad del caso.
- Gonz. Ni quien disculpa me ofrezca. Lo sé, y al saberlo siento que en mi mente se atropellan mil temores infinitos; mil encontradas ideas que me hieren y me oprimen, y me acosan y me asedian. ¡Qué enemigo tan cruel llevamos en la conciencia!